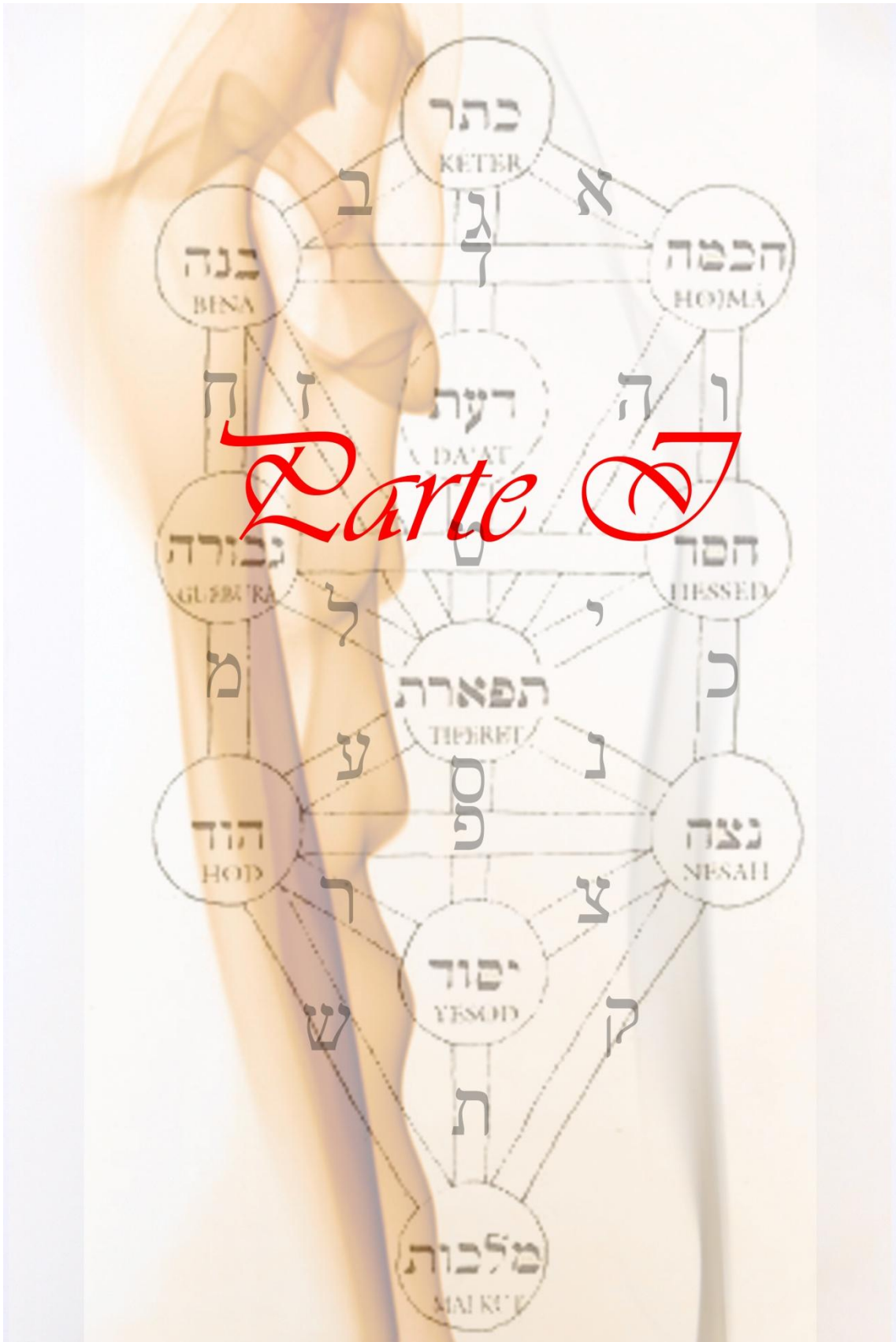


# Muerte en Absalón

Martín Cid

*Para Robin y Joyce,  
mis mejores lectores,  
mis hijos.*



## ESFERA I: LATAKIA

### ר כ ת

La anciana York se despreczó y, atraída por el aroma del tabaco, esperó unos segundos, observando con los ojos cerrados, mientras Absalón esperaba su muerte.

*-¡Dejadme pasar, por favor, dejadme pasar!*

Su hija dispuso la mano izquierda sobre el pomo para evitar que se arrastrase enferma delante de sus hijos. ¿Había vencido?

La pipa se había consumido. Con dos golpes rápidos, lanzó las cenizas del hornillo, todo un arte bien perfeccionado.

-Jamás hay que golpearla porque se daña la madera –decía el coronel York mientras, desde la otra habitación, en otro espacio y en otro tiempo, se escuchaban los lamentos de su esposa. Una pipa es como una mujer y no conviene encariñarse, siempre terminará rompiéndose por algún lado.

Stanislaus Fiodorovich tomó la tabaquera y la abrió. La luna iluminaba su rostro en la imponente ciudad de Abenarabi. Tomó su Savinelli Bent Apple -demasiado pesada para su gusto- y empezó a rellenarla. La mezcla 965 de la marca Dunhill era sencilla, aunque se mantenía como un irreproducible secreto. El *cavendish* la hacía especial, como a todas las composiciones de la prestigiosa firma. El proceso de elaboración se hacía casi artesanalmente (o al menos eso decían los fabricantes). Podía distinguirse la calidad en cada bocanada y la diferencia con un tabaco aromatizado artificialmente era clara (siempre debe acariciar, jamás picar la lengua). Algunos llamaban al 965 el mejor tabaco del mundo, pero todo está en función de los diferentes gustos. Para un inglés, sería casi perfecto, con un toque *latakia* (repugnante en opinión de otros) usado en baja

## Martín Cid. Muerte en Absalón

---

proporción. Desde la primera tarde en la que fumó el 965, su aroma le había cautivado.

Ocurrió en Absalón, la granja de sus antepasados. Se trataba de una de esas amables reuniones familiares motivada por el inminente fallecimiento de Virginia York, abuela de Stanislaus. El dictamen del médico había sido claro: moriría en tres meses, con fuertes dolores provocados por un cáncer que se había extendido. Sin embargo, transcurrieron seis años y aquella gran señora, apoltronada en su sofá, continuó dando órdenes y, lo que fue aún peor, viviendo.

-¡Soltadme, desagradecidos!

-Ladrando –sentenciaba su abuelo James York-. Siempre ladrando.

Hubo una tarde en la que los gritos de la anciana cesaron.

-¿Ha muerto ya la abuela? –preguntó Stanislaus.

No, no había muerto aún. Su estómago se desprendía y no podía ya levantarse de la cama. Casi sin fuerzas, su voz se había ahogado en su sangre seca. La tía Mary, que había venido desde Nashville, se ocupaba de su cuidado y aseo.

-No para de maldecir e insultaros –comunicaba diariamente la sacrificada enfermera a las víctimas de sus ofensas.

También Pierre, hermano de Stanislaus y Cecil Fiodorovich, podía escuchar cada noche los gritos callados desde la habitación contigua.

-Son de dolor –susurraba su madre, también llamada Virginia, pero que había cambiado su apellido de York a Fiodorovich al casarse.

Sin embargo, mentía. Así hacen las madres.

-Fue siempre amable y cariñosa, es la edad la que ahora habla –continuaba explicando su madre mientras aún se podían escuchar injurias e imprecaciones varias.

-¡Soltadme! ¡Dejadme salir, ingratos! –luego desfallecía y el silencio dejaba paso a dulces sonidos en Absalón, grillos y esclavos murmuraban entonces.

## Martín Cid. Muerte en Absalón

---

Stanislaus y sus dos hermanos eran ya mayores, y aquellas veladas no fueron nada terroríficas. Esperaban sólo a que alguien entrase en la habitación y pronunciase las dulces palabras: *ha muerto*. Virginia York aún tardó en dejarles en paz.

-Chilló hasta el final como un perro rabioso –diría más tarde su padre, no siempre irónico.

Los hermanos fumaban en la gran casa mientras, tres cuartos más allá, la abuela desfallecía por momentos. Cuando tenía un ataque, en silencio, todos se miraban y la tía Mary esperaba unos instantes: tal vez así llegase tarde y no podría salvarla. Pero la alegría duraba poco y, enseguida, la anciana resurgía de sus cenizas para volver a aullar:

-¡Salvajes! ¡Desagradecidos!

En una de esas ocasiones, su padre trajo aquella maravillosa mezcla.

-Probadla, tiene una pizca de todo, aunque conserva el estilo de la picadura inglesa.

Una mirada inquisitiva le bastó a Fiodor Fiodorovich para atenazar a su esposa. Sin la señora York presente, todo cambiaría. Stanislaus y sus hermanos sólo podían fumar en ocasiones especiales. Desde entonces, lo harían siempre que quisieran y su madre no les viese (contemplar el humo afectaba a sus maltrechos pulmones y comenzaba a toser furiosamente, lo que no sucedía si fumaban sin ser vistos: entonces la madre no se apercibía de nada).

La composición era excelente: una mezcla de *latakia* en baja proporción con el claro *cavendish*, probablemente al ron. El toque turco u oriental (no estaba seguro) se dejaba sentir casi al final. Un gran sabor.

-Cuentan que el nombre se debe al número de la receta –dijo entonces su padre-. Solían anotar las fórmulas confeccionadas para cada cliente en un libro llamado “My Mixture”. La que ahora tomáis era una de aquellas antiguas mezclas elaborada para uno

## Martín Cid. Muerte en Absalón

---

de esos elegantes consumidores, la que llevaba por número 965 en aquel legendario libro de recetas de tabacos.

Era excelente, sin duda. Cuando, años después, Stanislaus refirió la anécdota a Pierre, su hermano mayor, éste rió tranquilo: *sí, un gran tabaco, incluso la abuela se levantó de su lecho para olerlo. Pude verla a través del cristal semitransparente de la puerta. Estaba totalmente desnuda y caminaba despacio, arrastrándose como la serpiente que siempre fue.*

Stanislaus, en cambio, no podía recordar nada de todo aquello.

*Nadie se movió en el salón. Estabas petrificado, absorbiendo el tabaco, como todos. Fue la última vez que la vieja tuvo fuerzas para levantarse. Tomó el pomo y trató de entrar. Fue nuestra madre quien, desde el otro lado, hizo fuerza para evitar que abriese. ¡Dejadme pasar, por favor, dejadme pasar! Nunca antes la había visto hablar así: por favor –repetía, por favor-, ya estoy bien. Pero Virginia era una mujer fuerte y lo evitó. Ni siquiera la tía Mary se atrevió a impedirlo. Vaciló un momento y regresó a su dormitorio para volver a ladrar, como siempre.*

*La vieja se levantó atraída por el aroma del tabaco –repitió aquella tarde Pierre con nostalgia.*

Una gran mezcla, sin duda. Stanislaus volvió a paladearla, de tres en tres bocanadas. Si existe un cielo, habrá 965; si existe un infierno, la anciana señora York reinará en él.

Otros *latakias* más aromáticos habían sustituido el fuerte gusto de antaño en que se fumaba la variedad siria, muy diferente de la chipriota actual. Sin embargo, el mejor tabaco *latakado* que había probado ya no se fabricaba. Existían gran variedad de sucedáneos pero nunca lograrían el exquisito sabor a ceniza del Balkan Sobranie, el

## Martín Cid. Muerte en Absalón

---

preferido de Pierre, siempre tan aficionado a las mezclas explosivas. Un tabaco así era inconfundible: la caricia agria en la boca al principio, el aroma áspero a veces... con un cierto toque a ajeno sin caneca. No había nada mejor, era un sabor apto sólo para fumadores muy experimentados.

Ceniza, lenta, cadenciosa. Aún recordaba la canción que, despacio, se cernía sobre la colina, más allá de Absalón.

Stanislaus caminaba con andares espigados por la “Avenida de los Doce Reyes”. La noche se filtraba impertinente, como sucede en los claros atardeceres de verano. Iba refunfuñando, embutido en un traje refinado y raído. Llevaba corbata gris, zapatos negros, rostro ajado. Era un hombre de mediana edad y sólo su elegante barba bien recortada le distinguía del resto de transeúntes. Tenía unas facciones delicadas, casi cultas y sus ojos eran pardos y rasgados.

Los Reyes de la ciudad le contemplaban, no había tiempo de contarlos... Al fondo, la ópera se erigía asemejando un vulgar dinosaurio. Cruzó y se adentró en un callejón, nunca podría recordar los nombres de aquellos legendarios monarcas. El último de los Fiodorovich suspiró. Antaño miraba los edificios que parecían sacados de otra época, jamás el clima acompañaría a las grises construcciones. Los balcones, elaborados a base de elementos barrocos, contradecían al caluroso ambiente. Quizá los arquitectos olvidaron el sentido práctico pero el conjunto era agradable, casi bello. Las calles, serpenteantes, laberínticas, se estrechaban y alargaban, presas ya del sopor, mientras las copas de las viviendas amenazaban, mefistofélicas, con imponer su inminente caída.

Ciudad gris.

Stanislaus caminaba deprisa, evitando así las impertinentes miradas, sus rostros



## Martín Cid. Muerte en Absalón

---

orgullosos, complacientes en su estupidez. Los niños le escudriñaban, figura extraída de una publicación del siglo pasado, como los mismos edificios. Eran tiempos difíciles, las guerras aún no habían cesado, Abenarabi participaba en todas, pero sus habitantes nunca lucharían, impropios. Sentía cierto grado de compenetración tácita con la ciudad, de murallas cenicientas y bosques, de desiertos y cielo azul.

Ajeno, caminaba.

Solía llevar cuatro pipas en invierno y dos en verano. El sistema era simple: una en cada bolsillo de la americana, y dos más en los del gabán. Una pipa era un objeto femenino y había que hacerlas esperar. Lo mejor de un día caluroso era poder fumar una pipa reposada. El descanso de ésta, a pesar de sus dudas anteriores, era importante. No le gustaba aguardar los dos cansinos días que eran necesarios para poder volver a fumarlas y, sin embargo, el aroma áspero de una cachimba recién usada resultaba intolerable.

Junio, veintiséis. Thisri.

Decían que prepararlas era todo un ritual. Atacador, paciencia, el acto debía repetirse si no quedaba perfecta. Hay un dicho con respecto a la carga: se ha de disponer en tres tandas, la primera con mano de niño, la segunda con tacto de mujer y la tercera con pulso de hombre.

Se trataba de una Dunhill sencilla, tipo “Dublin”, un poco alargada para ser llevada en el bolsillo de una americana. Su colección era más bien escasa, apenas unas cien, la mayoría de madera de brezo, el más clásico de los materiales. Tenía también un par de “espuma de mar”, sólo de exposición, alguna de porcelana y una de maíz. No le gustaba la cánula aplastada de aquella “Dublin” pero la madera era excepcional. Alguien se la regaló, no conseguía recordar su nombre. Un punto blanco se distinguía

en la parte anterior de la boquilla (el llamado “punto de calidad” que distingue a determinados fabricantes de la caterva de inútiles y simples aficionados al brezo). Su forma era de “cola de pez”, estirada y algo incómoda, pero permitía que el humo se enfriase antes de su llegada al paladar.

Muchos de los que empezaban a fumar adquirían modelos de boquilla corta. Eran más estéticos, sí, o quizá menos ostentosos, pero no conseguían enfriar el humo. ¿Alguien podría tacharle de modesto o demócrata a estas alturas? Recordaba sus inicios, casi sentía vergüenza..., consumiendo aquel “Clan”, mezcla de hojas *virginia*, *indonesia* y *latakia* en muy baja proporción. Su primera pipa, ya olvidada entre sus actuales reliquias. Impunemente, la había robado de la reserva de su padre, coleccionista ávido y metódico. Recuerdos. Ahora, demasiado mayor, añoraba aromas y sus tiempos juveniles con aquella Peterson.

El animal que fue su padre estaba mejor muerto. Su hermano Pierre también lo sabía.

Stanislaus regresó a la “Avenida de los Doce Reyes”, su lugar favorito para fumar tranquilo. Se sentó en uno de los bancos de piedra y extrajo de una bolsa un tabaco curioso, su preferido. Es conocido entre los expertos como “Abourihm” (que viene a significar “rey del sabor”). La roca de Em, símbolo de la fundación de Abenarabi, se erigía cercana. Afirma el libro que las hijas de Iparkas, uno de los padres fundadores, permanecieron con él hasta que cumplió los cien años, día preciso en el que murió. Había leído recientemente que era sólo una segunda exégesis, en la primera se contaba que Moschel y Obedama (las dos hijas de Iparkas) abandonaron a éste sobre la roca (ya anciano) para partir en busca de marido. Era esta versión, sin duda, mucho más acorde con el eterno proceder femenino.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

